

nos y no saben qué hacer y no les sirve más que para llegar por ella a alguna gran ciudad, y esa ciudad para pasar a la llanura siguiente; y así siempre. Y decía mi amigo que si aquello de la llanura inmensa no podría relacionarse con el viaje de la escritura, pues el del *Tristram Shandy* se las traía. Y cavilaba mientras leíamos: *En qué medida mi pluma se ha fatigado, como las de otros viajeros, en este su viaje por un terreno tan estéril, —eso es algo que el mundo debe determinar;—pero las huellas que ha dejado, que en este instante están vibrando y resonando en mi memoria todas juntas, me dicen que ha sido el período más fructífero y atareado de mi vida; porque como no había establecido trato alguno respecto al tiempo con el hombre de la escopeta, —conseguí, —a base de pararme a hablar con todo el que me encontrara y no fuera a un trote excesivamente veloz, —de alcanzar a los grupos que iban delante de mí, — de esperar a todo el que iba detrás, —de saludar a los que llegaban por los atajos, —de detener a toda clase de pordioseros, peregrinos, violinistas, frailes—de no pasar jamás junto a una mujer encaramada a una morera sin alabarle las piernas y tentarla a un poco de conversación con un pellizco de rapé; — en suma: a base de echar mano de todos los asideros, cualesquiera que fuesen su forma y su tamaño, que el azar me fue brindando a lo largo de este viaje. —Conseguí, digo, trocar mi llanura en ciudad. —Nunca me faltó compañía, y bien variada la tuve además: y como mi mulo era tan sociable como yo y por su parte siempre tenía algunas proposiciones que hacer a los animales con que se cruzaba, —estoy seguro de que ya podríamos haber empleado un mes entero en atravesar Pall Mall o St Jame's Street, que no habríamos corrido*

*tantas aventuras —ni visto tanto de la naturaleza humana.*

Sterne distinguió en otro lugar que se viaja por enfermedad, por imbecilidad, por necesidad o por ahorro, y que así, más o menos, los viajeros se dividen en ociosos, curiosos, embusteros, vanidosos, melancólicos, delincuentes, inocentes, simples viajeros y viajeros sentimentales, especie esta última en la que se incluía él mismo.

Después de esto, recorrimos juntos mi amigo y yo varias ciudades italianas de la mano del autor de *El sí de las niñas*: la buena ciudad de Bolonia, donde se vive como se quiere sin riesgo de que nadie se escandalice; Florencia, en cuya iglesia de San Lorenzo nos detuvimos. Allí está la famosa biblioteca de manuscritos, llamada Médico-Laurenciana; el número de volúmenes que contiene pasa de cuatro mil, los hay entre ellos muy curiosos y antiguos, la mayor porción es la de Santos Padres y Expositores. El salón de la librería no tiene estantes, a un lado y otro hay dos filas de bancos, cuyos respaldos por la parte exterior están en forma de atriles, y allí están los libros, asegurados con cadenas y cubiertos con un paño o cortina, de suerte que el que está sentado, por ejemplo, en el banco número dos, tiene delante de sí los libros que están en el atril que forma el respaldo del banco número tres; a la esquina de cada banco está pendiente una tablilla con el índice de las obras que se hallan en él, lo cual es muy cómodo para el público. También el Nápoles de las incalculables putas que no llegan, sin embargo, a las de París ni Londres, el de la intolerable greguería, el de la frívola nobleza; y Pompeya. No es posible caminar por aquel paraje sin una especie de entusiasmo que todos aquellos

objetos inspiran. Éste era el teatro; aquí se acomodaba el pueblo, allí la nobleza; por allí saltan los actores; aquí se oyeron los versos de Terencio y Plauto; este recinto sonó con aplausos públicos, los hombres desaparecieron, y el lugar existe. Éste era el templo, allí está la inscripción, allí las aras; las paredes anuncian todavía en pinturas y estucos los atributos de la deidad. Aquí se degollaban las víctimas; aquí, escondidos los sacerdotes, prestaban su voz a un modo simulacro, y el pueblo, lleno de terror, creía escuchar la divinidad misma, anunciando a la ignorancia humana los futuros destinos. Ésta es una calle, empedrada está como las de Nápoles, con lavas que ha vomitado ese volcán vecino, a un lado y otro hay ánditos para que pase el pueblo seguro de los carros, aún se ven las señales de las ruedas. Veis aquí las tiendas, allí se vendieron licores; la insignia que está a la puerta, la señal que ha dejado el pie de las copas sobre el mostrador, y las hornillas inmediatas para tener caliente la bebida lo manifiestan. Allí hay otra donde se vendían priapos, la insignia está esculpida sobre la puerta, allí está el aparador, repartido en gradas, donde se exponían estos dijes a la vista pública. Éstas son casas de gente rica, éste es el pórtico, sostenido en columnas de ladrillo revestidas de estuco, con decoración dórica; allí está el patio, con la galería que le rodea; estancias pequeñas, altas, con mosaicos en el suelo y pinturas en las paredes; el baño, la estufa, con pared hueca, por donde se comunicaba el calor; el jardín, la fuente, la bodega con grandes cántaros, la sala de conversación, la de comer, la alcoba, el poyo donde estaba el lecho; pinturas voluptuosas por todas partes, triunfos de amor. Veis allí los sepulcros que erigió la patria agradecida a sus hijos ilustres, la inscripción anuncia sus nombres y su ca-